

mútua generosidad: siendo el hombre criado para una vida de lucha, continuará combatiendo, no guerreando para someter á hombres, sino para avasallar la naturaleza, y solo cuando haya conocido totalmente la superficie de nuestro planeta, es cuando podrá esperar dar á la civilizaci6n su carácter de grandeza y de generosidad.

Pues bien. Aun queda que explorar el centro del Asia y del Africa, la China y la Nueva Holanda, adonde el reflexivo ardor que se dirige en el dia hácia aquellos paises, está impulsado por circunstancias semejantes á las que se presentaron en tiempo de Colon, y será tal vez seguido de pa-

recidos efectos. La pólvora y la imprenta acababan de descubrirse entonces, así como en el dia la máquina de vapor, el electro-magnetismo. Entonces sucumbia en España el poder musulman, así como en el dia se disuelve ó trasforma en Constantinopla; entonces renacian los estudios clásicos, y en la actualidad el estudio de las lenguas orientales; entonces nació la reforma, y se aseguraron las nacionalidades europeas. Nuestros hijos verán los que preparan los acontecimientos actuales; pero de seguro los héroes futuros no serán ni un Lutero ni un Carlos Quinto ni debemos esperarlo, Corteses y Pizarros.

## NOTAS AL LIBRO XIV

(A) PÁG. 14.

### VIAJE DE IBN BATUTA

Aunque las obras que nos han trasmitido los geógrafos árabes carecen del interés que nace de los relatos personales, hay sin embargo alguna digna de atencion; á lo menos por el modo de pensar y de ver acerca de unos mismos asuntos, que es muy diverso entre ellos y los europeos. Ocupan un lugar preferente los viajes del jeque Ibn Batuta, que abrazan todas las comarcas pertenecientes en particularidad á la geografía árabe, aducen ejemplos singularísimos de la gran propagaci6n de los árabes en el Oriente, y llevan el sello nacional, de modo que Ibn Batuta puede ser enumerado entre los viajeros más notables. Por desgracia, la única relacion que existe de sus muchas peregrinaciones no es más que el extracto de un compendio; justo parece, pues, suponer que el original, compendiado dos veces, ha perdido mucho de su mérito. En el tomo ocupan demasiado espacio notas rápidas y superficiales sobre los lugares más importantes, áridos catálogos, enumeraciones de sepulcros, y con todo, estos viajes son de grande importancia, sean mirados bajo el aspecto crítico ó de una moral general.

Abu Abd Mohammed Ibn Abd Allah el Lawati, conocido con el nombre de Ibn Batuta, dejó á Tánger, su patria, para llevar á cabo la peregrinacion, el año 725 de la hégira, 1324-5 de J. C. Como viajaba, inducido de intenciones piadosas, se muestra particularmente ansioso de descubrir los santos, vivos ó muertos que hubiese. Uno de los principales santos de Alejandría al llegar él allí, era el docto y piadoso iman Boran Oddin el-Aarag, que poseia la facultad de hacer milagros. Cuando Ibn Batuta fué un dia á su casa, el iman le dijo: «Conozco que os abrasais en deseos de visitar paises lejanos: ireis á ver á mi hermano Farid Oddin en la India, á mi hermano Rokn Oddin Ibn Zakarias en la Sindhia, y también á mi hermano Baran Oddin en la China: hacerles presente mis saludos.» Nuestro peregrino se sintió afectado por estas palabras, y determinó visitar aquellos parajes, no desistiendo hasta que vió las tres personas indicadas, y las saludó en nombre del iman.

Después de recorrer durante algun tiempo las ciudades de Delta, Ibn Batuta llegó al Cairo. Una breve digresion á propósito del Nilo, prueba sus conocimientos geográficos. «El Nilo que atraviesa este pais, excede con mucho á los demás rios por la dulzura de sus aguas, la extension y utilidad de su curso; es uno de los cinco grandes rios del mundo; los otros cuatro son, el Eufrates, el Tigris, el Siun y el Yon. Existen cinco más que pueden compararse con éstos, á saber: el Sindhia (el Indo) llamado el Penjab, ó cinco rios; el Ganges, á donde van los indios en peregrinacion, y en el cual arrojan las cenizas de los muertos cuando son quemados, diciendo que baja del paraiso; el rio Jun (ó Jumma), el Athil (el Volga) en los desiertos del Kipsiak, y el Saro en la Tartaria, á cuya orilla está la ciudad de Kant Balikn (Peking); corre desde aquel lugar á el-Kansa, y desde aquí á las ciudades de Zaitun en la China. El curso del Nilo se dirige del Mediodia al Septentrion, al revés de todos los rios.»

Desde el Cairó se adelantó Ibn Batuta al través del Egipto hasta las fronteras de la Nubia; pero los disturbios de aquel pais no le permitieron continuar hácia el Mediodia, y volvió á bajar por el

Nilo, dirigiéndose á Gaza, donde vió los sepulcros de Abraham, Isaac y Jacob y de sus esposas. Todas las personas doctas que encontró tenían por cosa averiguada que aquellos patriarcas y sus mujeres habían sido enterrados allí: «sólo (dice el viajero) los infieles contradicen unas noticias trasmitidas por los antiguos y admitidas como ciertas tan generalmente.» Desde Tiro, que encontró en extremo fuerte y rodeada de agua por tres partes, marchó á Tiberiade, que deseaba ver con particularidad; mas no halló en ella sino fuentes de aguas termales y grandes ruinas.

Las primeras han sido descritas más largamente por el-Harawi. «Los baños de Tiberiade (dice este escritor), maravillas del mundo, no son los que están cerca de las puertas de la ciudad por la parte del lago, pues semejantes á éstos pueden verse en otros puntos, sino los que se encuentran en un valle al Oriente de la ciudad, llamado el-Hosainya. La construcción que los comprende es antiquísima, y se la cree obra de Salomon: consiste en un grande edificio, de cuya fachada sale el agua. En otro tiempo brotaba ésta por doce puntos, cada uno de los cuales estaba destinado á la cura de alguna enfermedad: así, los pacientes se lavaban en aquella agua y se ponían buenos. Es bastante caliente, muy pura y agradable al gusto y al olfato, y de los manantiales pasa á un ancho y hermoso estanque, donde la gente va á bañarse. La utilidad de estos baños es evidente, y en ningún país hemos visto nada capaz de compararse con ellos, salvo las *Termas* cerca de Constantinopla.»

Nuestro viajero se encaminó luego al Líbano, pasando por las fortalezas de los Fedavia, ó Ismaíliah, Asesinos. El Líbano es la montaña más fructífera del mundo; abunda en varias especies de frutas, en manantiales, en retiros sombríos, y está cubierta de celdas de ermitaños. De allí se trasladó por Balbek á Damasco: Desgraciadamente su compendiador nos ha privado de una descripción de aquellas famosas ciudades: sin embargo, las anécdotas religiosas están conservadas escrupulosamente, y entre ellas es singular la que sigue: «Fuera de Damasco, en el camino de la peregrinación, existe la *mezquita del pié*, muy venerada, y en ella se conserva una piedra donde se halla estampado el pié de Moisés. En aquella mezquita se hacen rogativas en épocas de calamidad. Yo estaba presente en 746 (1345) cuando el pueblo reunido dirigía súplicas al cielo para que le librara de la peste, que cesó el mismo día. Veinte mil personas morían diariamente en Damasco; hallándome yo allí, sucumbieron 24,000; sin embargo, acabadas las rogativas, cesó la peste.» La mortandad que en este pasaje se indica es menos creíble que el milagro; mas, la piedra con la impresión del pié, merece algún examen. Se supone generalmente que los monumentos de esta especie son restos del buddismo; pero quizá cuenten mayor antigüedad. La impresión de un pié vista por Herodoto cerca del río Tira, se atribuye á Hércules: una semejante en el Ceilan ó entre los birmanes, á Buddha; la de Damasco á Moisés. La gran distancia entre los países donde se descubrieron estos monumentos de una especie particular, y su existencia en Damasco, propenden igualmente á probar su remota antigüedad.

Dejando á Damasco, Ibn Batuta fué en peregrinación al sepulcro del Profeta en Medina, y pasó por la ciudad de Meshed Alí, enriquecida con las ofrendas de los peregrinos. «El 17 de rajab (dice el viajero) llegaban estropeados de los países de Fars, Rum, Korassam é Irak, y se reunían en compañías de 20 á 30 hombres cada una; á poco de ponerse el sol se arrodillaban en el sepulcro de Alí, y unos orando, otros recitando el Corán ó simplemente prosternados, esperaban la cura de sus padecimientos.»

Parece que nuestro viajero abandonó por esta vez el pensamiento de visitar á Medina. Habiendo ido á Basora, recorrió el Irak y fué tratado honoríficamente, recibiendo del príncipe, tanto él como sus compañeros, dinero para los gastos del viaje. El incansable musulmán, habiendo visitado en diez días los distritos pertenecientes al rey de Irak, entró en los de Ispahan. Nada de particular refiere acerca de esta ciudad ni de la de Schiraz que fueron los dos primeros que vió: confiesa, sí, que sólo le movió á ir á la última el deseo de visitar al jeque Magel Oddin, modelo de los santos y taumaturgo. Hallábase en Schiraz el sepulcro del imán Abü Abd Allad, que según observa el autor, enseñó el camino desde la India á la montaña de Serendib, y anduvo errante en las montañas de la isla de Ceilan: de lo cual debemos quizá inferir que fué el primero que esparció la creencia de aquella peregrinación entre los mahometanos. Mientras que el imán recorría las montañas de Ceilan en compañía de unos 30 faquires, sus compañeros, acosados del hambre, se arriesgaron, no obstante sus consejos, á matar un elefante y comérselo. Cuando todos se pusieron á dormir, los elefantes llegaron en tropas, y olfateando á uno de los que descansaban, le dieron muerte; enseguida se acercaron al jeque, y habiéndole olido también, no le hicieron mal; por el contrario, uno de los elefantes le levantó del suelo con su trompa, y llevándole á unas casas, le colocó en ellas y se fué. Esto atrajo al jeque una gran veneración por parte de los habitantes de Ceilan.

De allí Ibn Batuta pasó á Bagdad, la cual, si bien había experimentado poco antes muchos daños gozaba aun de grande importancia. Enseguida visitó á Tebriz, viajó por el país de los curdos, y dirigió luego su curso hácia Medina y la Meca, donde se detuvo tres años. Desde la Meca se puso en camino con los mercaderes que iban al Yemen, y después de visitar las ciudades principales de esta comarca, pasó de Aden á Zaila, puerto de Abisinia, «ciudad de los bereberes (dice), pueblo del Sudán y de la secta Safia. Su país es un desierto que necesita para andarse dos meses. La primera parte

se llama *Zaila* y la otra *Makdashu*.» Esta es la Magadocia de los portugueses. El pueblo se alimenta de carne de camello y de pescado, por lo cual el país es insoportable á causa del hedor del pescado y de la sangre de los camellos que degüellan en los caminos. En Madagocia, á quince días de navegación, partiendo de Zaila, parece que había abundancia de manjares delicados, pues nuestro autor habla con delicia del *el Kushan* ó fricasé, del llanten cocido en leche fresca, del cedro confitado, de la pimienta negra y del jengibre verde; golosinas que no se tocaban hasta haber moderado con el arroz los estímulos del hambre. «Los habitantes de Makdashu son muy corpulentos y comen mucho; uno de ellos consume lo suficiente para alimentar una compañía.»

Desde Makdashu se dirigió por mar al país de los Zanug (Zingos ó habitantes del Zanguebar) y de allí á la isla de Mambasa ó Mombas. Volviendo entonces á Kulwa en la costa del Zanug, se dió á la vela para Zafar, «última ciudad del Yemen, situada en la playa del Mar Indico,» que encontró sucia, aunque bastante frecuentada, y llena de moscas, con motivo de la gran cantidad de pescado y de dátiles expuestos á la venta pública. Allí se alimenta el ganado mayor y menor con pescado, costumbre que el autor no observó en ningún otro punto. De Zafar se esportaban caballos para la India, y si soplaban viento favorable se empleaba en la travesía un mes: hoy apenas se necesitarían diez días. A media jornada de Zafar halló la ciudad de el Akaf, en cuyas cercanías había magníficos jardines que desplegaban toda la pompa de la vegetación indiana, y en los cuales se veía el betel enredarse en el tronco del cocotero. Siguiendo la costa arábica hácia Aman ú Oman, vió por la primera vez en Hasik el árbol del incienso, de cuya corteza, cuando se la hiende, brota un líquido semejante á la leche, que se endurece al poco tiempo y toma el nombre de *loban* ó incienso. Las casas estaban construidas con huesos de peces, y cubiertas con pieles de camellos. En las ciudades del Oman se comía el asno doméstico, vendiéndose por las calles como manjar permitido.

De la Arabia pasó nuestro viajero á Ormuz, ciudad situada en la costa «enfrente de la cual se halla la nueva Hormuz, isla cuya capital lleva el nombre de *Harauna*.» Aparece de esto que la isla llamada *Organa* por los antiguos, recibió una colonia de Ormuz ó Armozeya, y mudó de nombre gradualmente. Allí vió Ibn Batuta la cosa más rara que se había presentado á su vista hasta entonces; la cabeza de un pez «que podía compararse con una colina: sus ojos eran como dos puertas; de modo que hubiera sido fácil á la gente entrar por el uno y salir por el otro.» Exageración mayor que la de los griegos que guiaba Nearco, los cuales al concluir su navegación por el golfo Pérsico, tuvieron la oportunidad de medir una ballena que encalló en la playa, junto á Mesambria (quizá en las arenas de la punta de Rohilla), y que tenía cincuenta codos de longitud, la piel del grueso de un codo, llena de conchas y de algas, y estaba rodeada por delfines más gruesos que los que se ven en el Mediterráneo. Según las relaciones de los escritores antiguos, parece que las ballenas visitaban en otro tiempo con frecuencia el golfo Pérsico.

Partiendo de Ormuz, se detuvo Batuta algún tiempo en la provincia persa de Fars, y vió pescar las perlas; enseguida, desde Siraf, uno de los primeros puertos mercantiles del golfo Pérsico, se dirigió á Bahrein, donde las arenas del desierto derriban á menudo las casas, y luego á Kotaif, tan abundante en dátiles, que forman el principal alimento del ganado. Al poco tiempo emprendió su segunda peregrinación á la Meca, y llegó á esta ciudad el año 733 de la hegira (1332), tres años después de su primera visita. Una vez cumplida la peregrinación, se puso de nuevo en camino para Yudda, con intención de ir por mar desde el Yemen á la India; pero los vientos contrarios le obligaron á arribar á un puerto llamado Ras Dawair, y como le era indiferente ir á una parte que á otra, se reunió con algunos árabes beduinos, atravesó un desierto lleno de avestruces y gacelas, llegó al Alto Egipto, y sucesivamente al Cairo. Allí descansó unos cuantos días; enseguida continuó visitando la Siria, Jerusalem, Tripoli, y se dirigió por mar al país de Rum y al distrito de la Natolia.

Entre los turcomanos de la Natolia parece existía cierta forma de hospitalidad antigua, que el viajero moro no comprendió, pues una costumbre como la que va á referirnos, no es verosímil naciese en Oriente en virtud de una asociación voluntaria. «En todas las ciudades turcomanas (dice) existe una cofradía de jóvenes, de los cuales uno particularmente es llamado *hermano mio*. No hay nadie que sea más cortés que ellos con los extranjeros; nadie que los provea con mayor esmero de alimentos y otras cosas necesarias, y que sea más enemigo de las injurias. La persona que lleva el nombre de *el hermano* es presidente, y en torno de él se reúnen individuos que tienen una misma ocupación, ó extranjeros que carecen de amigos. En cuanto se elige, fabrica una celda, y pone en ella un caballo, una silla y demás arreos de montar; es servicial con sus compañeros, y por la tarde se juntan todos, llevando cuanto han podido recoger para el uso de la celda. Si llega un extranjero, le mantienen de buena voluntad hasta que deja el país. Los socios se denominan *los jóvenes*, y el presidente *hermano*.» Ibn Batuta experimentó en Natolia la cortesía de esta sociedad. Un hombre se le presentó convidándole á un banquete y también á sus camaradas de viaje, y como se sorprendiese de que uno que parecía tan pobre pensase en convidar tanta gente, se le dijo que pertenecía á la asociación de doscientos mercaderes de seda, los cuales tenían celda propia; aceptó, pues, la oferta, y fué testigo de la benevolencia y liberalidad de aquéllos. Después asistió á otros banquetes por el estilo, entre los turcomanos. Una

vez, al entrar en una ciudad, se vió de improviso rodeado de muchas personas que cogieron las riendas de su caballo, con no poco terror suyo; pero una de ellas le dijo que eran de la sociedad de los jóvenes y porfiaban entre sí por el comun deseo de convidarle. Entonces conoció que estaba en manos de amigos: los jóvenes echaron suertes, é Ibn Batuta se dirigió con sus compañeros á la celda de los vencedores.

Visitando las principales ciudades de la Natolia ó Asia Menor, llegó á Erzerum. Allí le preguntó el rey, si habia visto alguna vez una piedra caída del cielo, y como le contestase que no, aquél añadió que habia caído una en las cercanías de la ciudad, y mandó la llevasen á su presencia. Era de sustancia negra, lúcente y muy dura, y pesaba más de un talento. No es ésta la única mención de aerolitos que se encuentra en los escritores árabes: hablan de una lluvia de piedra en el Africa, propiamente dicha, de que fueron víctimas todas las personas á quienes alcanzó; dicen tambien que un día llevaron al califa Matawakkel una piedra que habia caído de los aires en el Tabaristan, cuyo peso ascendía á 840 rotl (620 libras de á 16 onzas): el ruido que hizo al caer se oyó á la distancia de cuatro parasangas, y la piedra penetró en el terreno hasta la profundidad de cinco codos. Citan otros casos semejantes, y las observaciones no permiten dudar de la exactitud de sus relatos. Pero Yahed refiere un fenómeno meteórico mucho más extraordinario. En Haidag, entre Ispahan y Kuzistan, se vió una densa y negra nubecilla tan próxima á la tierra, que casi se tocaba con la cabeza, y de la cual salían sonidos como los de los camellos machos; rasgóse al fin, y cayó de ella tan terrible lluvia, que parecia iba á inundar la tierra un segundo diluvio. Después arrojó ranas y ciertos peces llamados *shabbut*, de extraordinario tamaño, parte de los cuales se comió el pueblo y parte se conservó. Está averiguado que los volcanes de las Cordilleras vomitan gran cantidad de peces, y si bien una lluvia de estos animales no es fácil de explicarse sin la acción de un volcan, sin embargo, la naturaleza está tan llena de portentos, que aun en el estado actual de la ciencia, adoleceria de presuncion negar totalmente el fenómeno anterior.

Parece que Ibn Batuta visitó las ciudades principales y los príncipes turcos de la Natolia; pero por desgracia nos ha dejado sólo una breve indicacion de uno de los más valientes y afortunados de la familia otomana, la cual en su tiempo se aumentaba de un modo rápido. «Fuí (dice) á Brusa, vasto pais gobernado por Iktiyar Oddin Urkan Beg, hijo de Otman Yuk, uno de los más ricos é insignes reyes turcomanos, no menos por la extension de sus Estados que por su poderoso ejército. Tiene la costumbre de visitar continuamente sus fortalezas y las varias partes de su reino, y de examinar su condicion. Dícese que nunca permaneció un mes en el mismo lugar.»

Ibn Batuta pasó de Castemuni á Crim por el mar Negro. Describe el desierto de Capchak como lleno de verdor y fértil, pero sin árboles, montañas, colinas ni bosques: Allí se viajaba en una especie de carro llamado *ariba*, y se necesitaban seis meses para atravesarlo. Batuta alquiló uno de estos carros que le condujo á la ciudad de el-Kafa, sometida al kan Mohammed Usbek, acampado entonces con su séquito en un sitio llamado *Bisc Tagócinco montañas*, adonde el viajero llegó el primer día del ramadan, quedándose atónito ante el espectáculo de una ciudad movible, cual se ofrecia á su vista el campamento con sus mezquitas y las cocinas, cuyo humo iba dejando atrás una señal á medida que aquéllas se adelantaban. El sultan le acogió con bondad, y le envió una oveja, un caballo y un pellejo con *kumis* ó leche de yegua, bebida predilecta de los tártaros.

Nuestro viajero deseaba ardientemente visitar la ciudad de Bulgar para tener la oportunidad de ver hasta qué punto era verdad ó mentira lo que se contaba del rigor del clima y de la desigualdad de los días y las noches. Estaba situada á diez jornadas del campamento tártaro. Se puso en marcha acompañado de un guia que le proporcionó el sultan, y al llegar allí, quedó convencido de que las relaciones de los viajeros eran exactas en todas sus partes. Batuta visitó aquella ciudad en el verano, y las noches eran tan breves, que antes de concluirse la oracion que se recitaba al ocultarse el sol, llegaba el tiempo señalado á la de la noche, y tenia que decir la apresuradamente, lo mismo que la de la media noche, y la llamada el *Witr*, viéndose sorprendido por la aurora antes de acabar sus rezos.

Habiendo oído hablar en Bulgar del pais de las Tinieblas, sintió vivos deseos de visitarlo. «Se querian 40 días de camino, y me alejé de tal empresa el gran peligro que iba á correr y la poca ventaja que sacaria de llevarla á cabo. Me dijeron que era preciso viajar en pequeños trineos, tirados por perros muy grandes, y que todo el camino estaba cubierto de hielo, en el cual no podia estampar su huella los piés del hombre ni las patas del animal; pero estos perros tienen uñas que les permiten andar por el hielo con paso firme y ligero. Nadie entra en aquel pais, á excepcion de mercaderes ricos, cada uno de los cuales posee quizá 100 trineos cargados de provisiones, bebidas y madera, pues allí no se encuentran árboles, piedras ni casas. Sirve de guia el perro que ha hecho más veces tal viaje, y su precio puede subir á 1,000 dineros. Se le ata al cuello el trineo, y se añaden tres perros más, á las cuales dirige. Siguen los otros con los trineos, y si el primero se para, todos se detienen. El dueño no le da golpes, ni le grita; y cuando quiere comer, los primeros que deben tomar alimento son los perros, pues de otro modo se irritarian y huirian quizá, dejando perecer á su amo. Al cabo de las 40 jornadas, los viajeros llegan al pais de las Tinieblas, y dejando cada cual lo que ha llevado

consigo, retrocede al punto de su residencia. A la mañana siguiente van á ver sus mercancías y encuentran en vez de ellas pieles de marta cebellina, de armiño y de singiab. Si el mercader queda contento con estos efectos, los toma; sino, los deja y entonces se agrega alguna cosa. Tambien suele suceder que los habitantes vuelvan á llevarse sus géneros y devuelvan los de los mercaderes. De este modo se compra y se vende, ignorando los negociantes si trafican con hombres ó con demonios; pues no se ve alma viviente durante tales cambios. Es propio de estas pieles no hallarse expuestas á la polilla.»

Enseguida Batuta volvió al campamento del sultan, á quien acompañó á Astrakan á orillas del Atil ó del Volga, uno de los mayores ríos del mundo. Allí residia el sultan en el rigór del invierno, y cuando el Volga y los ríos vecinos se helaban, los tártaros esparcian en el hielo algunos millares de haces de heno, y pasaban por encima.

Una de las mujeres del kan tártaro era hija del emperador de Constantinopla. Habiendo esta princesa obtenido permiso de visitar á su padre, se concedió á Ibn Batuta la gracia de acompañarla. La reina, que se llama allí *bailun*, era escoltada en el viaje por 5,000 soldados del kan, entre los cuales habia unos 500 ginetes. «A una jornada de el-Sarai (dice el autor) están las montañas de los rusos, nacion fea y páfida, con los cabellos rojos y los ojos de color azul celeste, que profesa la religion cristiana. Tienen minas de plata, y de su pais vienen los *suwam* ó barras de plata, cada una de las cuales pesa cinco onzas.»

Cuando la cabalgata llegó á la fortaleza de Matuli, en las fronteras del imperio (que segun parece, se extendian á unas veinte y dos jornadas de camino hácia el Norte), el emperador, seguido de las damas de su corte, salió con un numeroso ejército á recibir á la princesa. Llevaba ésta consigo una mezquita, que en la primera parte de su viaje mandaba colocar en órden á cada descanso; pero la dejó en Matuli, y luego que cesó el oficio del muezin, empezó á beber vino y á comer carne de cerdo. En suma, tan pronto como pisó los dominios de su padre, volvió á sus antiguas costumbres, y recomendó vivamente á los oficiales que fueran á recibirla, que tratasen con toda consideracion á Batuta.

Cuando la princesa se encontró cerca de Constantinopla, la mayor parte de sus habitantes, hombres, mujeres y niños, con vestidos de fiesta salieron de la ciudad á pié ó á caballo, tocando tambores y exhalando gritos de alegría. Al encontrarse ambas comitivas, era tal el tropel de gente, que nuestro viajero declara no haber podido, sino con riesgo de su vida, ver en parte la reunion de la princesa con sus parientes. Entraron en Constantinopla al ponerse el sol, y era tal el ruido, «que temblaba el mismo horizonte.»

Poco después de la llegada de la princesa de Constantinopla, Ibn Batuta, que gozaba ya de la reputacion de gran viajero, fué admitido en la corte. «Al cuarto día de nuestra llegada (dice) fué presentado al sultan Takfur, hijo de Jorge, rey de Constantinopla. Su padre Jorge vivia aun; pero se habia retirado del mundo, y entrándose monje, habia cedido el reino á su hijo. Cuando llegué á la quinta puerta del palacio, que estaba custodiada por soldados, me registraron, por temor de que llevase oculta alguna arma, lo cual se ejecuta tanto con el ciudadano como con el extranjero que desea ser presentado al rey: lo mismo se verifica en el palacio de los emperadores de la India. Una vez introducido, tributé el debido homenaje. El emperador ocupaba el trono al lado de la reina y de su hija, nuestra señora: los hermanos de esta estaban sentados al pié del trono. Fué acogido afablemente é interrogado acerca de mis cosas y de mi llegada, como tambien sobre Jerusalem, sobre el templo de la Resurreccion, la cuna de Jesús, Belen y la ciudad de Abraham (ó Ebron); enseguida, acerca de Damasco, del Egipto, del Irak y el Rum: á todo respondí de un modo conveniente. Un indio hacia de intérprete. El rey quedó sorprendido al oír mi relacion, y dijo á sus hijos: *Quiero que se trate honoríficamente á este hombre y que se le den cédulas de salvo-conducto*. Enseguida me puso encima un manto de honor y mandó se me diese un caballo cubierto con uno de sus propios caparazones; lo cual entre ellos es señal de proteccion. Le rogué entonces que enviase alguno que cabalgase conmigo por los diversos barrios de la ciudad, á fin de que los pudiese ver. Accedió á mi peticion, y anduve algunos días, en compania del oficial que se me envió, examinando las maravillas locales. De todas sus iglesias la mayor es Santa Sofia; pero solo ví la parte exterior, pues á la entrada del templo hay una cruz que todos tienen obligacion de adorar. Dícese que la fundó Asaf, hijo de Baraquia y nieto de Salomon. Las iglesias, los monasterios y los otros sitios destinados al culto en la ciudad son innumerables.

No es fácil explicar porqué nuestro viajero llama Takfur al emperador Andrónico II, que reinaba entonces en Constantinopla. Su aserto de que el padre de aquel príncipe vivia todavia, aunque retirado del mundo, no concuerda con otras narraciones. No debe sorprender que los historiadores bizantinos pasasen en silencio aquellas humillantes alianzas entre la familia imperial y los príncipes tártaros: pero se sabe que Andrónico el Mayor en 1302, ofrecia su hija por esposa al gran kan de los mongoles, y en antiguos viajeros se encuentran varios indicios de relaciones mucho más íntimas entre las cortes de Constantinopla y las de Oriente, que no resultan de la historia.

Al apoderarse los turcos de Constantinopla, quitaron á los griegos muchas de sus costumbres y

ceremonias, y hasta la moda en los vestidos. La pompa de la corte otomana fué en gran parte imitación de las de los emperadores griegos; y es curioso observar que el repugnante uso de registrar á las personas que se admitían á la presencia imperial (uso del que aun quedan restos en el palacio del gran Señor hasta tratándose de embajadores), parece ser uno de los que copiaron los turcos de los griegos. También es singular que el siglo xiv la creencia popular de los griegos atribuyese la fundación de su principal templo á Azzaf, nieto de Salomón.

Como lo que refiere Ibn Batuta de aquella iglesia se limita á su parte exterior, no desagradará tal vez al lector leer la relación que hace de Santa Sofía otro escritor árabe, el Harawi, el cual visitó á Constantinopla en el siglo xiii. «En esta ciudad hay estatuas de bronce y mármol, columnas, talismanes portentosos y otros monumentos sin rivales en el mundo. Agia Sofía es el mayor de sus templos. Yakut-abn-Allah me dijo que había entrado en él, encontrándolo tal como yo le describo. En lo interior hay 360 puertas, y dicen que mora allí un ángel. Al rededor del sitio en que habita se ha construido una reja de oro, y es muy extraordinaria la historia que de él se cuenta.» El Harawi promete hablar en otro lugar de la particular disposición de aquella iglesia, de su anchura, de su altura, de las puertas y columnas que tiene; como también de las maravillas de la ciudad, del orden público, del pescado que se encuentra en ella, de la puerta de oro, de las torres de mármol, de los elefantes de bronce y de todos los monumentos y cosas admirables.

Después de permanecer un mes y seis días en Constantinopla, Ibn Batuta volvió á Astrakan, donde se detuvo algún tiempo. Dejando luego la Tartaria, continuó su viaje al Khawaresm ó Coaresm, al través de un desierto escaso de yerba y agua. Pero, en esta parte de su relato se nota una carencia tal de pormenores, sea por la prisa del viajero, sea por culpa de su compendiador, que nada invita á seguir sus huellas, y no se experimenta más interés que el que excita su incansable pasión á los viajes. Coaresm era una ciudad populosa, y le pareció la más vasta que poseían los turcos; la gente cortés y hospitalaria. Prevalcía aun entre sus habitantes un uso singular: los que no asistían á las oraciones públicas, eran azotados por el sacerdote en presencia de la congregación, y se les condenaba además en cinco dineros. En cada mezquita se veía colgado el látigo para los negligentes. Este uso se halla aun vigente en Bokara, donde se valen del mismo castigo para reunir el pueblo á orar. La secta cismática, ó de los que negaban la predestinación, era la más numerosa de Coaresm; pero no se cuidaban de propagar su herejía.

De Coaresm pasó Batuta á Bokara, donde encontró aun muchos indicios de la desolación que produjo en ella Gengis-kan. Después fué á Samarcanda, rica y hermosa ciudad santificada á los ojos del devoto viajero por los sepulcros de varios santos. Habiendo atravesado el Yon, entró en el Coaresm, y viajando un día y una noche por un desierto desprovisto de toda habitación, llegó á Balk, gran ciudad en otro tiempo, pero entonces reducida á ruinas. Gengis-kan la había destruido de tal modo, que si bien se reconocía su situación, era imposible formarse idea del orden de sus edificios. El Mahometano afirma que la mezquita era de los mayores del mundo, y sus columnas incomparables; pero el bárbaro conquistador destruyó éstas, llevado de la creencia popular que aseguraba había enterrado debajo de ellas un gran tesoro, destinado á la restauración del edificio.

Dejando á Balk, el viajero tardó siete días en atravesar las montañas de Kubistan, país quebrado y lleno de aldeas. Ibn Batuta pasó de allí á Herat, la mayor ciudad del Corasan desde que Gengis-kan devastó el país. Enseguida llegó á Barwan «en cuyo camino se encuentra una elevada montaña, cubierta de nieve, llamada Indu Cush, ó sea, según la fantástica traducción del autor, el matador de los Indus, porque la mayor parte de los esclavos indios trasladados allí mueren á causa del frío, en extremo rigoroso. En la montaña denominada Bashai había una celda habitada por un viejo llamado Ata Evlia, esto es, *padre de los santos*. Decíase que tenía trescientos cincuenta años, aun que á Batuta no le pareció contar más de cincuenta. Ata Evlia decía que cada cien años se le renovaban los cabellos y los dientes, y que en otro tiempo había sido el radjá de la India Aba Raim Ratan, enterrado en Multan en la provincia de Sindia. Semejantes invenciones locas y extravagantes hallaron poca fe en el supersticioso musulmán que esta vez se mostró algo escéptico, faltándole el ardor de la credulidad indiana.

El Candaar y el Cabul estaban asolados cuando Batuta lo visitó: «este último (dice) se halla habitado por una nación procedente de Persia, y que lleva el nombre de afganes.» Su testimonio acerca del origen de ese pueblo merece algún crédito. Los afganes pretenden descender de los hebreos, y si bien todo lo que en Europa se conoce de su idioma desmiente tal aserto, sin embargo algunos doctos orientalistas se atienen á la autoridad de las historias afganes. Como éstas tienen tan poco valor intrínseco y son tan modernas, la aseveración de un instruido viajero oriental del siglo xiv nos parece de algún peso. Batuta los describe como pueblos violentos y poderosos, que vivían de robos.

El infatigable viajero se embarcó en el Sind, que llama el río mayor del mundo, y bajó á Lahari (quizá Larry Bunder) situada á su embocadura. A pocas millas de esta ciudad se veían las ruinas de otra, en que había infinitas piedras esculpidas, figurando hombres y animales. Era opinión general entre aquellos pueblos que allí había existido una gran ciudad, que sus habitantes se volvieron

tan impíos y malvados, que Dios los trasformó, juntamente con los animales y las yerbas, en otras tantas piedras. Desde Lahari pasó á Multan, capital de la Sindia, donde vió la manera de hacerse los alistamientos de soldados entre los indios. El día del alistamiento ó revista, el emir tenía ante sí varios arcos de diversas dimensiones, y cuando alguno se presentaba para ser alistado como arquero, debía probarse disparando uno de bastante fuerza; de este acto dependía el grado que luego se le asignaba. Los que preferían ser ginetes, debían correr, á rienda suelta, hácia un tambor colgado á modo de blanco, y alcanzaban puestos correspondientes á los golpes que daban en él con sus lanzas.

Describe á Dehli como la ciudad mayor del islamismo en Oriente, y dice que su hermosura era igual á su fuerza. Estaba compuesta de cuatro ciudades que prolongándose habían llegado á formar una sola. Sin embargo, observa que la mayor ciudad del mundo tenía menos habitantes que las demás, habiéndola abandonado éstos para huir de la crueldad del emperador, y cuantas seguridades se prometían á los que fueren á residir en ella, no bastaban para poblarla de nuevo.

Este terrible soberano era el emperador Mahomed, hijo de Yat Oddin de Toglik, descendiente de los turcos que se habían establecido en las montañas de la Sindia. «Mohammed (según nuestro autor) era uno de los emperadores más generosos y de mayor munificencia cuando estaba de buen humor; en otros casos, nadie le excedía en lo impetuoso é inexorable, siendo muy raro que á su cólera siguiera el perdón.» Había peligro en acercarse á semejante hombre; pero el docto Ibn Batuta fué recibido con singular favor, recogió los frutos de la generosidad del emperador, y tuvo la dicha de no incurrir en su cólera. Cuando se le llamó á la presencia de Mohammed, y después que hubo prestado los debidos homenajes, le dijo el visir: «El señor del mundo os confiere el nombramiento de juez de Dehli, y os da al mismo tiempo un vestido de oro, un caballo enjaezado y 12,000 dineros para vuestra inmediata manutención; además, os asigna el estipendio anual de otros 12,000 dineros y una porción de terrenos en las aldeas que produzcan todos los años igual suma.» El viajero al oír tan inesperado nombramiento, tributó el acostumbrado homenaje y se retiró enseguida. No se limitó á esto la munificencia del emperador. El nuevo juez de Dehli recibió 12,000 dineros más, y se puso á su disposición una casa provista de todo lo necesario. Sin embargo, montaron tanto los gastos que tuvo que soportar para seguir á la corte en las expediciones del emperador, que en breve se encontró con la deuda de 55,000 dineros. Pensó salir de este embarazo, usando de un arificio oriental. «Compuse en árabe un panegírico en alabanza del emperador, y se lo leí. El mismo lo tradujo y quedó sumamente satisfecho, pues los indios son amantes de la poesía árabe, y gustan mucho de que se haga mención de ellos en este idioma. Entonces le informé de la deuda que había contraído, y mandó que fuese pagada de su peculio, diciéndome: «Ciudad en lo futuro de no ir más allá de lo que vuestras rentas os permitan.»

No tardó Ibn Batuta en experimentar la ansiedad en que vive el que depende de un tirano caprichoso. No sé por qué motivo un jeque, á quien el emperador honraba con su confianza, se había atraído su resentimiento. De las indigaciones que se hicieron para saber las personas que se trataban con aquel personaje, apareció que Batuta se contaba en el número de ellas. Durante cuatro días permanecieron todos á la puerta del palacio, mientras que un consejo, reunido allí, deliberaba acerca de su suerte; la situación era dolorosa para nuestro juez, el cual había visto á las víctimas de las sospechas del emperador lanzadas al aire por ballestas, y pisoteadas por elefantes con los pies armados de cuchillos. Por lo tanto, recurrió á un continuo ayuno, y no probaba más que agua. El primer día repitió treinta y tres mil veces la frase «Dios es nuestro sosten y protector excelentísimo,» y después el cuarto quedó libre; pero el jeque, y los demás que le habían visitado, fueron condenados á muerte.

Aterrado con tan cruel despotismo, Ibn Batuta renunció el cargo de juez, dió cuanto poseía á los faquires, y vistiéndose el hábito de la orden, pasó por los varios grados del noviciado, hasta que pudo sostener un ayuno continuado de cinco días. Entonces hizo colación con un poco de arroz. Después, enviado á llamar por el emperador y dirigiéndose al palacio con la grosera túnica, Mohammed le recibió más favorablemente que nunca, y le dijo: «Deseo enviaros en embajada al emperador de la China, porque sé que os agrada viajar á países extranjeros.» Consintió Ibn de buena voluntad, y al punto se le dieron los vestidos propios de su categoría, caballos, dinero y demás necesario para el viaje.

Por aquel tiempo había mandado el emperador de la China regalos de gran precio al sultan, pidiéndole permiso para reedificar un templo de ídolos en el país próximo á la montaña de Kora, sobre cuyas alturas, inaccesibles se prolongaba, según referían, una llanura de tres meses de camino. «Allí (dice el autor) habitaban muchos reyes indios infieles. Los últimos confines de aquella comarca se extienden hasta las montañas del Tibet, donde se encuentran las gacelas de almizcle. Existen también en aquellas montañas minas de oro y una yerba tan venenosa, que cuando las lluvias caen á torrentes en los ríos vecinos, no hay quien se atreva á beber de sus aguas hasta que se desbordan; pues si alguno lo hiciese moriría al instante. El templo de los ídolos se llama *Bud Khana* (Budda Khana): estaba al pie de la montaña, y había sido destruido por los mahometanos, cuando se apoderaron de la llanura. Pero como los montañeses no podían proporcionarse el sustento sin poseer la llanura, habían acudido al emperador de la China para que intercediese á su favor con el rey de la India. Además los

chinos estaban acostumbrados á ir en peregrinacion á aquel templo de los ídolos, situado en un lugar llamado Semhal. Es fácil comprender que el templo ó Bud Khana, á que se alude en este sitio, se hallaba situado en las fronteras del Budtan, cuya atmósfera pestífera, por efecto de una vegetacion demasiado vigorosa y superabundante, ha podido dar origen á la historia de los rios envenenados.

A esta peticion el emperador de Dehli respondió que no podia existir ningun templo en un pais sometido á los mahometanos, á menos de pagar un tributo, y que sólo en este último caso se permitiría reedificar el templo. Ibn Batuta fué nombrado embajador para llevar tan dura respuesta: en el templo mismo se habian preparado regalos de gran precio, confiados á dos favoritos del emperador. Mil ginetes escoltaban la embajada hasta el punto de embarque. La expedicion, al adelantarse hácia la costa, pasó por un pais sublevado, y habiendo encontrado una banda de insurrectos, la derrotaron completamente, si bien perdieron en el conflicto uno de los oficiales encargados de los regalos. Pocos dias después se esparció la noticia alarmante que los indios atacaban en aquel momento una aldea mahometana en las cercanias, é Ibn Batuta, con los suyos, acudió á la defensa de los musulmanes. A la primera embestida los indios volvieron las espaldas; pero al ver á nuestro desgraciado embajador quedarse atrás con sólo cinco de sus compañeros, tomaron á la carga y lograron cortar la retirada. Huía él con todas sus fuerzas: pero habiéndose metido en un valle cubierto de espesos matorrales, del cual no habia medio de salir libre, bajó de su caballo y se rindió prisionero.

Los bandidos, cuyo lenguaje no comprendia Batuta, le despojaron de cuanto llevaba, y atándole le llevaron con ellos durante dos dias con intencion de darle muerte; pero al fin le dejaron marchar, y él se puso en camino sin saber adónde iba. Temiendo luego que mudasen de opinion y volviesen para matarle, se ocultó en un espesísimo bosque, y allí permaneció algun tiempo, tomando las mayores precauciones á fin de no ser descubierto. Siempre que se aventuraba á salir á los caminos, le parecia que su direccion era, ó á las aldeas de los indios, ó á otras ruinas, y retrocedia inmediatamente: así pasó siete dias deagonia. Su comida eran las frutas y las hojas de los árboles de la montaña. Al séptimo dia vió á un negro que llevaba un cántaro de agua y tenia un baston con la punta de hierro. Habíendose saludado mutuamente, el negro le preguntó su nombre, é Ibn contestó que se llamaba *Mohammed*, el negro, á su vez dijo llamarse el-Kalb el-Karih (*corazon herido*); dió al infeliz viajero tantas cuantas legumbres y agua, y le suplicó que le acompañara. Ibn Batuta trató de caminar, pero no le fué posible moverse y cayó á tierra. Entonces el negro le tomó sobre sus hombros, y mientras andaba, su estenuado compañero se durmió, y habiendo despertado á la mañana siguiente, vió que estaba á las puertas del palacio imperial.

Un correo habia llevado ya á Dehli la noticia de lo acaecido. El emperador, remediando con ánimo benigno las desgracias de su embajador, le entregó 12,000 dineros, nombró otro oficial que cuidase de los regalos en lugar del muerto, y poco después la expedicion se puso de nuevo en marcha. Pasaron por Kul, donde la vez primera habian tropezado con tantos accidentes, y prosiguieron por Canoja, Merma y Gualior, fortaleza notable de la India, de la cual nuestro autor hace una curiosa descripcion, después llegaron á Burun, pequeña ciudad habitada por musulmanes.

En sus cercanias habia distritos de infeas, infestados por fieras que entraban á menudo en la ciudad y dañaban á los habitantes. Se decia tambien que no eran verdaderas fieras, sino más bien magos llamados yogos, que tenian la facultad de tomar la figura que les acomodaba. Ibn Batuta repitió la historia relatada por Ctesias, diez y siete siglos antes, cuando afirma que los yogos podian abstenerse de comer durante muchos meses. «Varios de ellos (dice) construyen casas subterráneas, y es lícito á cualquiera fabricar encima, con tal que se deje una tercera suficiente para el paso del aire. Los yogos suelen permanecer en estas casas meses enteros sin comer ni beber, y he oído referir de uno que estuvo un año. Tienen el poder de adivinar lo futuro.»

Entre las cualidades milagrosas atribuidas por el autor á estos yogos, se contaba la de matar á un hombre con la mirada, propiedad más frecuente en las mujeres, que en tal caso se llaman goftaras. Las crueldades cometidas en la India con los infelices que llegaban á ser objeto de miedos supersticiosos, eran semejantes á las empleadas en Europa con las brujas. Mientras Batuta administraba justicia en Dehli, una supuesta goftara fué conducida ante él, acusada de haber dado muerte á un niño con la mirada. El juez la envió al visir, el cual decretó que fuese arrojada al Yumna, con cuatro grandes tarascas colgadas del cuerpo. Ella sobrenadó sin embargo, y el visir la mandó quemar. El pueblo se disputó sus cenizas, atribuyéndoles la virtud de preservar durante todo el año de los maleficios de las goftaras. Waab y Abuzaid, viajeros árabes del siglo IX, observaron tambien que el Norte de la India estaba en uso la prueba del fuego, como en Europa. El acusado llevaba una barra de hierro candente á cierta distancia; enseguida se le vendaba la mano, y el magistrado sellaba la venda: si al cabo de algunos dias las señales del fuego habian desaparecido se declaraba inocente al acusado: en caso contrario, se consideraba justificado el delito.

El embajador se dirigió desde allí al Malabar. El camino por tierra estaba cubierto de árboles, y á cada media milla habia una casa de madera con cuartos para alojar á los viajeros. En la ciudad de

Menyaron se contaban cuatro mil mercaderes musulmanes: al contrario en Pattan, habitada por brahmines, no habia un solo mahometano.

En Calcuta, gran puerto frecuentado por mercaderes de todas las naciones, Batuta se detuvo tres meses aguardando la estacion favorable para darse á la vela con direccion á la China. Su descripcion de las grandes naves chinas, llamadas juncos, es bastante completa. «Las velas de estos barcos son de cañas entretejidas á modo de estera, y cuando entran en un puerto las dejan desplegadas. En algunos se cuentan hasta 1,000 hombres, 700 de los cuales son marineros, y los demás soldados. Cada una de las naves mayores va seguida por tres de menores dimensiones. Bajelos de esta hechura no se construyen sino en los más lejanos puertos de la China. Emplean remos desmesurados, comparables á grandes palos de buques, y á algunos de ellos están destinados 25 hombres que bogan de pié. El comandante de cada nave es un grande emir. En los barcos mayores siembran hortalizas y jengibre, que cultivan en cestas colocadas en toda la extension de los costados. Tienen tambien aposentos de madera, donde los oficiales superiores habitan con sus mujeres; de modo que cada barco parece una ciudad. En la China hay algunos particulares que poseen muchas naves de esta especie, pues los chinos son el pueblo más rico del mundo.»

Cuando llegó el tiempo de darse á la vela, habia en el puerto trece grandes juntos, uno de los cuales se destinó á llevar al embajador y su comitiva. Los dones imperiales estaban embarcados ya, y Batuta que preferia valerse de un buque más pequeño, habia mandado todas sus cosas á bordo, quedándose todavia en tierra para asistir á la oracion en la mezquita. La escuadra debia zarpar al dia siguiente; pero aquella noche sopló un violento huracan, el mar se ensoberbeció y destruyó casi todos los buques mayores anclados en el puerto, entre otros el junco donde iba el tesoro. El equipaje y los oficiales del emperador perecieron todos; nada pudo salvarse. La nave en que Batuta habia embarcado sus efectos, consiguió salir á alta mar, así no le quedó más que la alfombra para las genuflexiones y diez dineros que le dieron algunos devotos.

No atreviéndose Ibn Batuta después de esta desgracia, á volver á la corte de Dehli, solicitó y obtuvo la proteccion del rey de Hinaur, en cuya compañía permaneció poco tiempo, pasando enseguida á las islas Maldivas, cuyo número hace subir á cerca de 2,000, y que forman una de las maravillas del mundo. Los habitantes, segun los describe, son extremadamente limpios, pero débiles y delicados en cuanto á su persona; una mujer gobernaba las islas principales, y esta observacion la hicieron tambien los viajeros árabes del siglo IX. Su principal tráfico consistia en una especie de hilo sacado de las fibras de la cáscara de coco, que maceraban en agua y batian luego con una agramadera hasta que conseguian ablandarla: enseguida hilaban las fibras y las torcian para formar cuerdas, que empleaban en coser los maderos de las naves del Yemen y la India.

Ibn Batuta alcanzó gran reputacion en la isla de Mohl de cuyo nombre supone tomaron todos los del grupo el de *Maldivas* (1). Aceptó allí el cargo de juez, se casó con tres mujeres, y andaba á caballo, honor concedido únicamente á él y al visir; pero este gran personaje, que era tambien marido de la reina, concibió celos del creciente influjo de Batuta; el cual, quizá ya cansado de permanecer tanto tiempo en un mismo lugar, creyó prudente retirarse, y divorciándose de dos de sus mujeres, se embarcó para Maabar, nombre que dan los árabes á la parte meridional de la costa del Carnático y de Coromandel, y que no debe confundirse con Malabar.

Desde el principio de la navegacion el tiempo se alborotó, y la nave fué impelida hácia Ceilan. El autor afirma que la gran montaña de Serendib era visible á la distancia de nueve dias de navegacion, como una columna de humo rodeada de nubes en su base. Cuando la nave entró en el puerto, con dificultad se concedió á los mahometanos bajar á tierra; pero Batuta dijo que era pariente del rey de Maabar, y entonces se le mostró cierto respecto. Admitido á la presencia del rey, declaró que habia venido á la isla «para visitar la sagrada huella de nuestro comun padre Adan.» El rey consintió en aquella peregrinacion, y dió á algunos yogos y brahmines la comision de acompañar al mahometano, seguidos de siervos que llevasen provisiones. Se va á la montaña de Serendib ó Pico de Adan por dos caminos; uno que llaman los habitantes *camino de Baba* ó Adan, y otro *camino de Mama* ó Eva. El segundo es más comodo; pero como el mérito de ta peregrinacion crecia á medida de las asperezas con que se tropezaba, se prefirió el de Baba. El precipicio que está inmediatamente debajo de la cima, se sube por medio de cadenas de hierro, aseguradas á clavijas fijas en la roca. Estas cadenas son en número de diez, una sobre otra, y la última se llama *cadena del testimonio*; porque los que llegan allí, al mirar hácia abajo, se sienten sobre cogidos de un gran miedo de caer. A la décima cadena se encuentra la espaciosa caverna de Kizr, donde dejan sus provisiones los peregrinos, para subir enseguida cerca de dos millas por la cima de la montaña hasta la roca donde está la señal que los indios llamaban *pie de Budda*, y los mahometanos *pie de Adan*. «La señal (dice Batuta) tiene

(1) Es más probable la conjetura de los que suponen que aquel nombre, como los de las Laquedivas, significa las mil islas. *Mal* en los dialectos y *Lacca* en sanscrito significan *mil*; y *Dip* ó *Dipa*, isla.